

EL RESTAURADOR

Desde hace 42 años Antonio tiene su negocio de compra-venta en Independencia y Alem. En el galponcito del fondo entre espátulas, removedor, pedazos de vidrio roto, solvente y tornillos y clavos viejos, pasó la mayor parte de su vida. Aproximadamente una semana y media atrás compró el lote 348 en el remate de Sarmiento al 1200. Fue el lote mas barato y mas voluminoso; despertó muy poco interés entre los oferentes, tal vez por el aspecto de irrecuperables de las piezas: un tarro de lechero pintado de plateado, un baúl cerrado y sin llave, oculto bajo una gruesa capa de esmalte sintético blanco, y con los herrajes pintados de verde, una oxidada bomba de agua, y un pie de máquina de coser.

Después de descargar las cosas de la camioneta en el taller, decidió ir hasta el "café Simón" a tomarse una ginebrita. Era domingo y las primeras farolas de gas de mercurio empezaron a encenderse.

Lo ví entrar al café con su sobretodo y la sonrisa tallada en el rostro. Había mucha gente y mucho ruido. El olor a cigarrillo y a café se mezclaban con el característico olor a naftalina de los puloveres y camperas en los primeros días de invierno. Se sentó a mi la mesa ~~conmigo~~ conmigo y me contó su última adquisición con su voz ^{áspera} y casi imperceptible; sus ojos claros y profundos completaron la explicación. Su piel rosada, los ojos verdes y la barba y todos sus cabellos blancos con excepción de sus nicotínicos bigotes del color del bruñido bronce de la máquina de café que él mismo había restaurado para Simón.

Salimos y fuimos caminando hasta la camioneta por el boulevard. Prendió un cigarrillo que mordió como si fuera su pipa; una hermosa pipa inglesa que perdió hace un par de años en un partido de truco. Mientras nos alejábamos de los semáforos y las bocinas me dijo que por una semana no abriría el negocio; que iba a estar en el taller.

El paredón del fondo de casa, donde alguna vez mi viejo tuvo su

quintita, ^{sostiene} ~~sostenía~~ los tirantes del techo del taller de Antonio. Me acuerdo que de pendejo solía subirme a la higuera para espiarlo mientras trabajaba.

Antonio se encerró en el taller, prendió su radio a válvulas, un cigarrillo y empezó a trabajar con el baúl olvidándose inmediatamente del resto de las piezas. El miércoles los herrajes habían recuperado su brillo centenario y la madera volvía a respirar después de años de asfixiante pintura blanca. Fue recién entonces que armó una ganzúa con alambre de acero y se dispuso a abrir la cerradura.

".... hemos escuchado al querido Julio Sosa en: "Nunca tuvo novio" de Enrique Cadícamo y Bardi, y de Anibal Troilo y Catulo Castillo "María". Y continuamos en este homenaje al Varón....."

La cerradura cedió. La tapa era muy pesada. Una pipa, un libro y algunas ropas. Antonio no había agarrado aún el libro cuando se cortó la luz y ~~el~~ intenso silbido ~~que se escuchó~~ ^{del} tranvía, acarició sus oídos. Busco los fósforos y encendió el farol a kerosene.

Entre las ropas encontró unos antiguos y oxidados instrumentos de medición. Tomó el libro que con sólo tocar las hojas se deshacían. El libro merecía un tratamiento especial, así que decidió dejarlo para después. Se recostó en su sillón a descansar y se quedó dormido. Había perdido la noción del tiempo que llevaba trabajando.

Al despertar empezó a trabajar en la recuperación de los instrumentos. Todos volvieron a funcionar: el barómetro, el reloj, el compás; todos menos la brújula inglesa del siglo pasado que indefectiblemente marcaba con su aguja imantada, el este-sudeste.

Esta mañana estábamos con Simón en el patio de casa y escuchamos un motor que se ponía en marcha. Nos subimos a la higuera y lo vimos a Antonio subiendo a su Ford A, bien vestido y planchadito como todos los sábados, con su flamante pipa recién restaurada.

El se fue. Nosotros bajamos de la higuera y seguimos jugando al rango hasta que mamá nos llamó a tomar la leche con cascarilla.